



(Foto PakoI)

DESDE LAPAZARRA
(Pirineo navarro)

DESDE LAPAZARRA

(PIRINEO NAVARRO)

Esta vez no han sido las esquilas de un rebaño las que nos han despertado, no. Ha sido el frío de la madrugada el que nos ha llamado fuera de nuestras tiendas montadas al socaire de un paredón natural que ha servido de abrigo a nuestro campamento montado en el collado de Larrería, en las puertas mismas del escabroso paraje pirenaico de Larra.

Mientras va recuperando forma el caos de rocas que nos rodea, en lo alto siguen brillando las estrellas sobre un cielo que va dejando de ser oscuro.

La noche ha acentuado el olor a verde que despiden las estrechas franjas de herbazales que se mantienen por cesiones de la piedra que todo lo domina, y donde los jabalíes han escarbado momentos antes buscando frescas raíces, según huellas que hemos podido observar después.

Es una madrugada de verano, pero un aire helado manda en el ambiente. Parece como si solamente respiraran los ventisqueros cargados de nieve.

Vuelve a chisporrotear la hoguera que horas antes se durmió al mismo tiempo que nosotros y a su alrededor se forma un círculo de siluetas enrojecidas por las llamas.

La llegada del nuevo día es inminente y hemos decidido salir a su encuentro.

Momentos después, nos dirigimos presurosos hacia el pico de Lapazarra, con el exclusivo fin de ver el espectáculo del amanecer desde una cima que raya en los dos mil metros de altitud.

Aquello es caminar entre el día y la noche, por un terreno ya de por sí difícil, tratando de bordear la erosionada superficie de Larra y bajo las dantescas figuras que forman las sombras de los desgarrados pinos.

Al atravesar una hondanada, cruza veloz muy cerca de nosotros — por atrevida o sorprendida— una buena pieza de sarrío, mientras sus brinco son seguidos por el eco de las piedras que hace rodar. «Tan grande y solo, macho» advierte nuestro simpático guía.

Un esfuerzo en la casi vertical parte final y alcanzamos la cresta de Lapazarra justamente cuando todo va a comenzar...

Y somos testigos de un amanecer. De un amanecer que la Naturaleza ha cantado tantas veces como días median de aquí a la Creación; de un amanecer, en fin, que el hombre ha intentado describir mil y una veces.

Para nosotros tiene en esta ocasión mucho de inédito, ya que este Pirineo roncalés es un palco extraordinario; pero incurriríamos en osadía si pretendiésemos hacer una descripción.

Dejemos pues que nuestra cámara fotográfica exponga su débil versión de cuanto vio hacia el extremo nordeste del País Vasco cuando sobre él cayeron las primeras luces.

Y veamos con ella al gigantesco Budoguía alzarse sobre La Solana, entre el Pene Blanco francés y el Petrechema aragonés, guardando a su espalda la cumbre más elevada de nuestra región: la Mesa de los Tres Reyes, felizmente alcanzada en nuestra excursión de la víspera...